

La helenización del cristianismo: Nombre e identidad en los testimonios literarios de los siglos I y II

JESÚS MARÍA NIETO IBÁÑEZ

Universidad de León
jesus.nieto@unileon.es

A partir del siglo III los autores cristianos dejarán a un lado el mensaje escatológico y apocalíptico, que había dominado en el cristianismo primitivo, y se dedicarán de lleno a la propagación de un sistema filosófico universal y válido para todos. Es el nuevo proceso de helenización, paralelo a aquél de los judíos de lengua griega de la Alejandría del siglo III a.C. Sin embargo, esta helenización ya había empezado a fraguarse y a manifestarse en la identidad y, sobre todo, en el nombre de los primeros seguidores de Jesús de Nazaret desde el siglo I, como se desprende de la lectura de los testimonios del *Nuevo Testamento*, de la literatura apostólica, de la apologética, de la judeohelenística, como Flavio Josefo, y de textos de autores romanos y griegos, como Suetonio, Tácito, Plinio el Joven, Luciano, Aristides, o Galeno.

El paso del llamado modelo apocalíptico del primer cristianismo al modelo ecuménico-helenista del Imperio romano¹, que se generalizará a lo largo de los siglos III y IV, se había iniciado ya en el siglo I con Pablo y otros personajes judeocristianos helenistas, sobre todo con el apóstol Bernabé y su misión en Antioquía de Siria.

En la literatura primitiva, especialmente en la primera apologética griega, hay un interés por definir a los cristianos como grupo identitario en el contexto de la sociedad grecorromana. La defensa de la nueva fe llevó a los cristianos a luchar por diferenciarse lo más posible del paganismo dentro de la ecúmene imperante en ese momento.

Los primeros apologetas intentarán fijar los límites entre el cristianismo y los otros sistemas religiosos y presentar su fe como un modelo ético, filosófico y cívico con una entidad propia. Por ello, la demarcación más clara y más definitoria del nuevo grupo es el nombre con el que se le va a denominar.

* Recibido em 08-12-2019; aceite para publicação em 31-07-2020.

¹ H. KÜNG, *El cristianismo. Esencia e historia*, trad. esp., Madrid, 2013, p. 127.

1. Los Cristianos: *γένος, φύλον, ἔθνος ο λαός?*

La irrupción del cristianismo supone la ampliación del conflicto histórico que desde hacía ya tiempo había enfrentado al pueblo judío con los gentiles, representados en ese caso por Grecia². Ahora con los cristianos la oposición es tripartita, aunque en el fondo de esta lucha a tres bandas se mantiene aún vigente la dualidad anterior, entre paganos, politeístas, y creyentes en un dios monoteísta.

Los paganos consideraban a los cristianos como una nueva nación, ἔθνος, de hombres, que no tenía ni antigüedad, ni tradiciones, ni patria y su doctrina era bárbara y absurda, practicada por gente sin cultura³. Pero lo primero que hay que preguntarse es si, como ya ocurrió con los judíos, los propios cristianos se consideraban un pueblo aparte, una raza, una nación. La *Apología* de Aristides al comienzo (II) habla de que hay tres géneros (γένη) de hombres: los que adoran a diferentes dioses, que, a su vez, son caldeos, griegos y egipcios, y los que solo tienen un dios, judíos y cristianos; aquellos participan del error y estos de la verdad; es decir, los paganos, politeístas, y los monoteístas, judíos y cristianos. El tema del cristianismo como τρίτον γένος o la tercera generación va a ser una constante en la literatura patrística⁴, pues permite precisar el lugar específico asignado a los cristianos en la historia.

Los textos cristianos hablan tanto de γένος, “familia”, “clase”, “raza”, como de φύλον, “raza”, “tribu”, “especie”, que en ellos puede significar la “comunidad cristiana”. Incluso se utiliza indistintamente ἔθνος, aunque con este término es más habitual referirse a nación y no tanto a una clase o casta, y sobre todo en relación con los extranjeros y bárbaros, gentiles, en el caso de los judíos, y pagano, en el de los cristianos. Por ejemplo, en el *Diálogo con Trifón* 130.4, de Justino Mártir se distingue entre ἔθνος, nación gentil o pagana, y λαός, pueblo elegido,

Y es así que al decir “Alegraos, naciones, con su pueblo” (Deut. 32.43), da a las naciones la misma herencia y la misma denominación que al pueblo de Dios (λαός); mas cuando habla de que las naciones (ἔθνη) se alegran con su pueblo (τοῦ λαοῦ), usa la palabra “nación” para reproche vuestro.⁵

² Como indican M. SIMON, A. BENOIT, *El judaísmo y el cristianismo antiguo. De Antíoco Epífanes a Constantino*, trad. esp., Barcelona, 1972, p. 27, los cristianos, infieles a la vez a la tradición de Israel y a la del paganismo, representaban un *tertium genus* para el que no había sitio dentro del marco de la sociedad antigua.

³ Así lo afirmaba Celso en el *Discurso verdadero*, según recoge Orígenes de Alejandría en su conocido tratado contra este autor en 248 (*Cels.* 1.2 y 14). Palabras similares se atribuyen al principal oponente después de Celso a la expansión de la religión de los seguidores de Cristo, Porfirio, ya en el siglo IV, que los acusa de fe irracional, ἄλογος πίστις (*Marc.* 23).

⁴ Cf. *Kerigma Petri* 5. Clemente de Alejandría (*Strom.* 3.69 y 6.41) presenta este mismo esquema tripartito e insiste en la novedad del cristianismo frente a lo “antiguo” y “pasado” de griegos y judíos. En 4.42.2 la Iglesia es presentada como la tercera generación, “el único pueblo que alcanza la salvación” (εἰς τὸ ἔν γένος τοῦ σωζομένου ... λαοῦ).

⁵ Para las citas de los apologetas, Justino Mártir, Aristides, Taciano, Teófilo de Alejandría, y Atenágoras se ha seguido la traducción de D. RUIZ BUENO, *Padres Apologetas griegos (s. II)*, Madrid, 1979.

No obstante, el término más utilizado con este sentido es el de γένος, los cristianos como “raza” o “pueblo” (1Pe. 2.9; *Ep. Diog.* 1); incluso la Iglesia es considerada como un γένος⁶.

En la primera carta de Pedro, 2.9, aparecen juntas varias de estas denominaciones: “más vosotros sois linaje (γένος) escogido, real sacerdocio, nación (ἔθνος) santa, pueblo (λαός) de su patrimonio”⁷. En la *Carta a Diogneto*, 1, en el exordio se anota, “apareció justamente ahora y no antes en el mundo esta nueva raza (γένος), o nuevo género de vida (ἐπιτήδευμα)”, que sigue esa tradición de la “tercera raza”. En efecto, el autor opone la nueva religión a los dioses de los griegos (τῶν Ἑλλήνων θεοῦς) y a la superstición de los judíos (Ἰουδαίων δεισιδαιμονίαν)⁸.

Por su parte, en Justino Mártir se hace una clasificación entre los griegos, que son los filósofos, y entre los bárbaros, que son cristianos. El cristianismo era considerado como una filosofía bárbara, como se lee también en Taciano, *Orat.* 30 y 35, y en Melitón de Sardes (apud Eusebio, *HE.* 4.26.7), así como en el *Discurso verdadero* de Celso (apud Orígenes, *Cels.* 1.2). Es una distinción que reproduce una simplificación a la hora de clasificar a los diferentes pueblos y que busca hacer un llamamiento ante las autoridades romanas para que se juzgue a los cristianos por sus hechos, no por su nombre:

como entre los griegos quienes siguen las opiniones que les placen, todo el mundo les da el nombre único de filósofos; así también, un solo nombre común llevan los que entre los bárbaros han sido y parecido sabios, pues todos se llaman cristianos (Χριστιανοὶ γὰρ πάντες προσαγορεύονται).⁹

En el fondo es una clasificación de dos grupos, los paganos, los griegos, y los cristianos, los no griegos, es decir, los bárbaros. Justino hace esta división sin apenas servirse de la terminología habitual de γένος, φύλον, ἔθνος o λαός. No obstante, en *Apol.* 1.53.4 hace una distinción genérica de los pueblos, en la que se utiliza tres de estos términos, “el resto de las razas (γένη) humanas todas son llamadas por el Espíritu profético naciones (ἔθνη); la casta (φύλον), empero de judíos y samaritanos se llama Israel y casa de Jacob”. El autor incluye esta afirmación cuando precisa que son más los cristianos que proceden de entre las naciones que de entre los propios judíos y samaritanos.

Siguiendo este misma división elemental y primaria curiosamente el *Discurso Contra los griegos* de Taciano, compuesto en el último tercio del siglo II, no contiene el nombre de cristiano, ni de Cristo ni de Jesús. La oposición que aparece en su discurso es lo bárbaro frente a lo griego; es decir, lo cristiano y judío, en este caso, frente a lo pagano. Bárbaro no tiene un

⁶ Clem. *Strom.* 6.41.6 y 6.142.2, τὸ ἐν γένος τοῦ σφζομένου.

⁷ Para la traducción de los textos bíblicos seguimos a F. CANTERA, M. IGLESIAS, *Sagrada Biblia*, Madrid, 1979.

⁸ Algo similar puede leerse en la literatura judeohelenística. También Flavio Josefo utiliza indistintamente φύλον (πᾶν ὑμῶν τὸ φύλον, *Bell.* 2.397), γένος (περὶ τοῦ γένους ἡμῶν τῶν Ἰουδαίων, *Ap.* 1.1) o ἔθνος (ἡμῶν τὸ ἔθνος, *Ap.* 1.186) para referirse a la raza o pueblo judío.

⁹ *Apol.* 1.7.3; cf. también *Apol.* 1.26.6.

sentido peyorativo aquí, sino más bien positivo, pues se refiere a los que no son paganos. Se utiliza la terminología de los griegos para despreciar a los propios griegos¹⁰, como será habitual en la apologética cristiana, pero con una mayor agresividad y sarcasmo hasta el punto de no dejar en pie ningún elemento de encuentro entre cristianismo y cultura griega. Al comenzar su discurso el autor sirio se expresa así, “No os mostréis tan de todo en todo enemigos de los bárbaros, o griegos, ni juzguéis desfavorablemente sus doctrinas. Porque, ¿qué institución entre vosotros no tuvo su origen de los bárbaros?” (*Orat.* 1). Esta idea se inserta en el conocido tema del robo por parte de la filosofía griega: todo lo que de bueno pueda tener la filosofía griega lo ha tomado de los bárbaros.

Este autor tampoco utiliza la terminología habitual de γένος, φύλον, ἔθνος ni λαός. ¿Por qué no utiliza en ningún momento estos términos ni el de cristiano? El *Discurso contra los griegos* de Taciano no es una apología de las habituales, no tiene por objeto defender el cristianismo ni su doctrina ni hacer frente a las típicas acusaciones, sino rechazar de forma vehemente e indiscriminada toda la cultura griega, basada en una mimesis engañosa, desde una ensalzada superioridad bárbara, que precede cronológicamente al mundo griego. Este autor, considerado el “Tertuliano de Oriente”, es un “renegado” del Helenismo, un “antihelenista”, de modo que no le podría resultar fácil utilizar en su argumentación un nombre de claro origen griego, como es Cristo y cristiano. Aunque fue discípulo de Justino Mártir en Roma, se alejó de él en la forma habitual de hacer apología, que trataba de encontrar elementos de verdad en la sabiduría griega. Taciano propugna un rechazo absoluto a la filosofía griega y un odio contra todo lo que provenga de la cultura griega. Al final del discurso (42) afirmará, “Tales son las cosas, oh helenos, que para vosotros he compuesto yo, Taciano, que profeso la filosofía bárbara, nacido en tierra de asirios, formado primero en vuestra cultura y luego en las doctrinas que ahora anuncio como predicador”. El autor no llegará a precisar el nombre de esas “doctrinas”, salvo algunas breves alusiones.

Hay que tener presente también que este discurso no va dirigido a griegos, paganos, sino a cristianos formados previamente en la cultura griega. A Taciano le interesa demostrar la superioridad de la doctrina o religión bárbara de judíos y cristianos sobre la cultura de los helenos, sin detallar los principios de la doctrina cristiana. Por eso tampoco hay interés por delimitar la identidad de la “raza”, “nación” o “pueblo” cristianos, ya que el cristianismo es la filosofía bárbara, es decir, todo lo que no es griego.

2. Χριστιανός y otros nombres en el Nuevo Testamento

Si hay conciencia clara de ser un grupo aparte, los primeros cristianos, en cambio, no parecen haber tenido un término uniforme con el que

¹⁰ Griego es sinónimo de paganos. También en Teodoreto de Ciro, como se lee en el título de su gran apología, *Curación de las enfermedades griegas* (Ελληνικῶν θεραπευτικῆ παθημάτων).

designarse a sí mismos. El nombre de “cristiano” (Χριστιανός) surgió fuera del ámbito judío y es posible que provenga de adversarios que aplicaban esta denominación con una carga peyorativa y despectiva. Es en la década de los 40 cuando se empieza a utilizar este nombre para designar a los primeros cristianos gentiles en la Antioquía de Siria (Hch. 11.26).

En los inicios los pertenecientes a la “secta” o “facción” judeocristiana reciben el nombre de nazoreos y de nazarenos. Los términos, aunque puedan ser próximos en la transcripción griega, no son totalmente intercambiables. En *Hechos de los Apóstoles*, 24.5, a Pablo se le considera el jefe principal de la secta de los nazoreos, πρωτοστάτην τῆς τῶν Ναζωραίων αἰρέσεως. Habitualmente este nombre de nazareno o nazoreo se da solo a Jesús, pero en este caso concreto se aplica a sus seguidores, cuando se eleva una acusación del sumo sacerdote y de los ancianos judíos ante el gobernador romano Félix. Esto indica que los seguidores de Jesús, el Nazoreo, son considerados una secta por los propios judíos¹¹.

Nazoreo, Ναζωραῖος, parece tener el significado de “salvado”, “preservado”, “superviviente”, lo que encaja perfectamente con el nombre de Jesús, que en hebreo significa “salvado”, mientras que nazareno es el habitante de Nazaret, Ναζαρηνός. Este epíteto, que deriva del nombre de este lugar, se aplicaría a Jesús, para referirse a su procedencia geográfica, y luego a sus seguidores¹². Estas dos denominaciones, más frecuente en el *Nuevo Testamento* nazareo que nazareno, van a ser las habituales en el ámbito judío, mientras que “cristiano” lo será en el grecorromano.

Los términos “cristiano” y “cristianismo” están ligados desde el principio con el nombre de Jesucristo. Cristiano era el que creía en Jesús de Nazaret como el Mesías esperado en el ámbito judío. El término no parte de unas ideas, principios o conceptos, sino de una persona concreta, del que deriva etimológicamente, de Cristo, el nombre helenístico de Jesús.

Llama la atención que en los Evangelios no se emplee el término “cristiano”, ni en otros escritos neotestamentarios, como las cartas de Pablo o de Juan. El término cristiano solo aparece tres veces en el *Nuevo Testamento* (Hch. 11.26; 26.28 y 1Pe. 4.16). Estos ejemplos parecen indicar que Cristo, el “Ungido”, no se entiende ya como un adjetivo, como un título, sino como un nombre propio¹³. Las epístolas de Pablo contienen varios ejemplos de este uso como nombre¹⁴. Por ello es muy posible que fuera un pagano el que inventara este nombre, pues ha tomado como nombre propio un adjetivo calificativo. El “Ungido”, el Mesías, podía ser cualquiera de los muchos que hubo en aquella mala época para el judaísmo, y no en sentido concreto referido a Jesús de Nazaret.

¹¹ Cf. también Hch. 28.22.

¹² Vid. discusión en J. WIN, “Cristiano”, *Diccionario enciclopédico de la Biblia*, Barcelona, 1993, p. 273.

¹³ Χριστός, “Ungido”, es como la *Septuaginta* traduce en griego el vocablo hebreo “Mesías”. En los evangelios este nombre aparece tanto con artículo (Mt. 16.16), como sin él (Hch. 2.38).

¹⁴ *Rom.* 10.7, 16.5; *1Cor.* 1.23 y 4.10, por ejemplo.

¿Quién pone este nombre al nuevo grupo religioso? Aunque en el texto de *Hechos de los Apóstoles* no se precisa, es muy posible que tal denominación la forjaran y la emplearan los propios paganos de la ciudad para distinguirlos de los judíos, y no los seguidores de Jesús de Nazaret ni, por supuesto, los judíos, que no reconocían a Jesús como el Ungido, como el Cristo, como Mesías. No parece muy verosímil que los judíos dieran el nombre de “cristianos” a los discípulos de Jesús, que traducido a su lengua sería algo así como “mesianistas”, ya que tal denominación supondría reconocer de forma implícita a Jesús como Mesías, es decir, como Cristo.

El término parece una forma híbrida, de lexema griego, pero con un sufijo de adjetivos latinos, *-ianus*¹⁵, pues el vocablo griego derivado de Χριστός sería χριστεῖος. Sobre este término más tarde se creará, a su vez, χριστιανικός, con el sufijo *-ικος*, que forma adjetivos derivados con un sentido de relación o pertenencia. Así aparece en textos como en Clemente Romano, en el Pseudo Justino¹⁶ y en numerosos autores posteriores. La formación se ha realizado sobre el original χριστιάνος, que ya tenía un sufijo, *-ιανος*, pero de procedencia latina, *-ianus*, añadiéndole ahora un sufijo plenamente griego, *-ικος*.

Mucho se ha discutido si el término podría haber nacido como apelativo peyorativo y despectivo asumido luego con toda normalidad por los propios cristianos. Seguramente a partir de su origen en Antioquía este término de “cristiano” se fue extendiendo lentamente hasta alcanzar a toda la geografía y capas sociológicas del Imperio Romano y ser utilizado por los paganos, por los judíos y por los mismos cristianos.

Como se ha indicado más arriba, *Hechos de los Apóstoles* (11.26) testimonia también por primera vez el uso del nombre de “cristianos” para referirse a los que creen en Cristo en torno al año 40: ἐγένετο δὲ αὐτοῖς καὶ ἐνιαυτὸν ὅλον συναχθῆναι ἐν τῇ ἐκκλησίᾳ καὶ διδάξαι ὄχλον ἱκανόν, χρηματίζειν τε πρῶτως ἐν Ἀντιοχείᾳ τοὺς μαθητὰς Χριστιανούς, “y en Antioquía por vez primera fueron los discípulos denominados cristianos”. Allí por primera vez se constituye una comunidad cristiana formada por judíos y gentiles. Estos cristianos “helenistas” que habían huido de Jerusalén tras el martirio de Esteban se establecieron en Antioquía¹⁷, la tercera ciudad más importante del Imperio, y allí predicaron a los gentiles. El empleo del verbo χρηματίζειν ha llevado a pensar en una designación oficial y legal por parte de las autoridades romanas¹⁸.

Hay que tener en cuenta que el autor de *Hechos* precisa que es a “los discípulos” a los que empezó a llamarse los cristianos y que tal denominación parece proceder de círculos foráneos, “fueron ... denominados”.

¹⁵ C. SPICO, “Ce que signifie le titre de chrétien”, *ST*, 25, 1961, 72-73, con bibliografía.

¹⁶ Por ejemplo ἵνα τάραχον κινήσωσιν τῷ χριστιανικῷ ὀνόματι, *Pseudo-Clementina (Epitome de gestis Petri praemetaphrastica)*, 175.4.

¹⁷ E. PETERSON, “Christianus”, in *Frühkirche, Judentum und Gnosis. Studien und Untersuchungen*, Freiburg, 1959, pp. 64-87.

¹⁸ E. J. BICKERMANN, “The Name of Christians”, *HarvTR*, 42, 1949, 109.

Un hecho importante del empleo de este nuevo nombre es que coincide con el momento en que la Iglesia abre su predicación hacia los gentiles, equiparándolos a los propios judíos, de ahí que sea en Antioquía donde se produce el giro copernicano de la predicación cristiana. Las primeras comunidades en Palestina pertenecían a un ambiente rural, que se expresaba en arameo, frente al urbano que empieza a aflorar en Antioquía, que utiliza la lengua franca del momento como es el griego de la koiné. El conflicto entre Pedro y Pablo en Antioquía (Gál. 2.11-21) está íntimamente relacionado con el paso auspiciado por Pablo del judeocristianismo a un cristianismo de gentiles, expresado primero en griego y luego en latín.

Este cambio se produce en círculos “helenistas”, de modo que el nombre de “cristiano” no procede del de Jesús, que sería su nombre judío, sino del apelativo griego que se le daba, Χριστός, el “Ungido”, equivalente al Mesías judío, el Cristo. En el ámbito helenístico se ignoraba el significado de este título judío de “Ungido”, de modo que “Cristo”, sin artículo, se convierte en el segundo nombre de Jesús, hasta formar uno solo, sobre todo en las cartas paulinas, Jesucristo. La elección de una denominación griega, “más internacional”, favorecerá su difusión por los cauces helenísticos del Imperio romano.

Seguramente en este ambiente de Antioquía es donde se empieza a producir la divinización de Jesús¹⁹. Es entonces cuando su figura va dejando de ser el “Mesías” judío y se va convirtiendo en el “Señor” universal. En efecto, además del de Cristo, otro título significativo también de origen helenístico, que aparece no solo en las cartas de Pablo, sino también en el conjunto del *Nuevo Testamento*, es el de “Señor”, κύριος, para referirse a Jesús de Nazaret. Un conocido pasaje paulino (Ef. 2.9) presenta esta consideración, a partir de un texto de Isaías (45.24): “por lo cual Dios le exaltó y le otorgó un nombre sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús doble la rodilla cuanto hay en los cielos, en la tierra y en los abismos y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre”. El empleo de la palabra “Señor” (κύριος) es propia de una concepción helenizante, de la cristología de las comunidades helenísticas.

Además, hay que tener en cuenta que Pablo reutiliza este título de “Señor”, empleado corrientemente a su alrededor, y lo toma de la terminología que se aplicaba entre la población de habla griega para referirse a las divinidades de Salvación en Asia Menor, en Egipto, en Siria, y que por extensión se aplicaba también a los soberanos. En *Hechos de los Apóstoles* (2.32) en palabras de Pedro se expresa la misma idea: “Sepa pues ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús que vosotros crucificasteis. Dios ha hecho Señor y Cristo”, con esta doble denominación de Χριστός y de Κύριος. Por su parte, para Spicq el término Cristo equivale también a Señor (Lc. 2.11 y 26) y Rey celeste (Heb. 1.9), de modo que “cristiano” no designaría solamente a los seguidores de Cristo, a los discípulos del Maestro, sino a sus fieles, a sus servidores²⁰.

¹⁹ CH. GUINEBERT, *El cristianismo antiguo*, trad. esp., México, 1996, p. 93.

²⁰ C. SPICQ, op. cit., p. 76.

Junto a *Hechos de los Apóstoles* 11.26, hay otros dos pasajes donde consta el nombre de “cristiano”. En *Hechos* 26.28 el término “cristiano” aparece en boca del rey Agripa II ante Pablo de Tarso, cuando estaba prisionero en la ciudad de Cesarea, lo que parece evidenciar que este nombre era habitual y conocido incluso entre las autoridades incluso antes del año 60: “Agripa contestó a Pablo: ‘Por poco, con tus argumentos, haces de mí un cristiano (Χριστιανὸν)’”.

Más relevante es el testimonio de 1 Pedro 4.16: “pero si es por cristiano (Χριστιανός), que no se avergüence, que glorifique a Dios por llevar este nombre”. En este pasaje petrino ya queda claro que el propio nombre de cristiano es algo comparable a un delito por parte de los paganos, “Porque ninguno de vosotros ha de padecer como homicida, o ladrón, o malhechor, o como entrometido en lo ajeno; pero si padece como cristiano, no se avergüence, antes glorifique a Dios con este nombre”. Sin embargo para los seguidores de Jesús el “delito” de llamarse o de ser cristiano no es algo vergonzoso, como las demás acusaciones, sino todo lo contrario, algo digno de honor. Este testimonio de la carta de Pedro es también relevante, dado que indica que los cristianos llegan a adoptar y a asumir como propio un vocablo, que en principio tenía un cariz despectivo e incluso de acusación y que al parecer solo lo empleaban los paganos para denominar a los cristianos.

Como se ha señalado, algunos autores intentan explicar la práctica ausencia del término cristiano en los textos neotestamentarios debido a que parecía implicar algún tipo de desprecio, insulto o condena²¹. Seguramente la carta de Pedro intentó cambiar esta consideración peyorativa al animar a considerar el nombre de cristiano como un honor. Los apologetas posteriores no parecen tener esta idea negativa del nombre, aunque intenten darle una etimología favorable al mismo, y siempre desde la propia lengua griega, no de la hebrea, como se verá en el apartado siguiente.

3. Χριστιανός en la literatura apostólica

Aparte de los testimonios neotestamentarios el vocablo “cristiano” se utiliza por primera vez en la *Doctrina de los Doce Apóstoles* o *Didaché*, donde consta un solo caso²², y, sobre todo, en las cartas de san Ignacio, que precisamente fue obispo de Antioquía. En este autor por primera vez encontramos el testimonio del término abstracto “cristianismo”, en concreto en la misiva dirigida a los habitantes de Magnesia (*Magn.* 10.1). A esta comunidad le recomienda vivir “según el cristianismo (Χριστιανισμός)” y distinguirse del judaísmo (*Magn.* 10.3; *Rom.* 3.3; *Phil.* 6.1): “Por ello, siendo discípulos suyos, aprendamos a vivir según el cristianismo. Pues el que se llama

²¹ H. LECLERCO, “Chrétien”, *DACL*, 2.1, 1907, pp. 1464-1478; A. FERRUA, “Cristiano”, *Enciclopedia Cattolica*, 4, Ciudad del Vaticano, 1950, pp. 909-910; y H. KARPP, “Christennamen”, *RAC*, 2, 1954, 1114-1138.

²² *Didach.* 12.4: “Mas si no tiene oficio, proveed conforme a vuestra prudencia, de modo que no viva entre vosotros ningún cristiano (Χριστιανός) ocioso”, traducción de D. RUIZ BUENO, 1979b.

con un nombre mayor que este, no es de Dios”²³. En este mismo pasaje, pero un poco más adelante, se ponen en paralelo los dos vocablos, judaísmo (Ἰουδαϊσμον)²⁴ y cristianismo (Χριστιανισμός), lo que apoya la idea de que la última puede ser una formación léxica creada por imitación de la primera: “Pues el cristianismo no creyó en el judaísmo, sino el judaísmo en el cristianismo, en el que se ha congregado toda lengua que cree en Dios” (*Magn.* 10.3). También se observa la misma oposición del término en la *Carta a los Filadelfios* 6.1, “Es mejor oír el cristianismo de labios de un hombre circunciso que el judaísmo de labios de un incircunciso”.

Con la lectura de estos pasajes se percibe cómo Ignacio de Antioquía da ya una gran importancia al propio nombre de “cristiano”, que él lo relaciona directamente y lo hace depender de Cristo, como en el pasaje de *Hechos de los Apóstoles* ya comentado. Así, por ejemplo, en su *Carta a los Efesios* 11.2 el obispo de Antioquía dirá: “los cristianos de Éfeso que también vivieron siempre unidos a los apóstoles con la fuerza de Jesucristo”. Además, el nombre de cristiano indica en este autor la tradición recta, frente a la heterodoxia, “Usad solo el alimento cristiano, pero apartados de la hierba extraña que es la herejía” (*Tr.* 6.1).

A pesar de la importancia del nombre, Ignacio da más importancia a la esencia, lo que realmente significa ser cristiano: “Así pues, es conveniente que no solo os llaméis cristianos, sino que también lo seáis” (*Magn.* 2.4).

En un texto próximo al anterior, el *Martirio de Policarpo* (10.1), aparecen ya unidos los dos términos, el de “cristiano” y el de “cristianismo” en la respuesta que el mártir da al procónsul: “Soy cristiano. Si quieres aprender la enseñanza del cristianismo, dame un día y escúchame”²⁵. Policarpo en 12.2 es denominado por la turba de paganos y judíos que pedían su ejecución de padre de los cristianos (ὁ πατήρ τῶν Χριστιανῶν), que sin duda hace referencia a su carácter de “maestro” y de “obispo” de la comunidad cristiana de Esmirna.

4. Los apologetas del siglo II. La etimología del nombre

Frente a lo que se puede observar en los textos neotestamentarios y otros posibles testimonios del siglo I, a lo largo el siglo II, en cambio, en varios lugares los propios autores apologetas insisten en dejar clara su denominación y ya son numerosas las apariciones del término “cristiano” en esta literatura: en Aristides hay cinco referencias, en Atenágoras seis y en Teófilo siete, mientras que en Justino la cifra supera las cincuenta. En el Pseudo Justino el número sigue en aumento, pues ya se ha hecho habitual este nombre. En el *Discurso a Diogneto*, de la segunda mitad del siglo II, hay

²³ Más referencias del término en *Rom.* 3.1 y 3.3: “cuando el cristianismo es odiado por el mundo...”, traducción de J. J. AYÁN CALVO, *Ignacio de Antioquía. Policarpo de Esmirna. Carta de la Iglesia de Esmirna*, Madrid, 1999.

²⁴ En Gál. 1.13 se utiliza el término judaísmo, al que puede emular el de cristianismo, para diferenciarse.

²⁵ Traducción de J. J. AYÁN CALVO, op. cit.

quince referencias al término. En este escrito, al comienzo, el autor se dirige a Diogneto y le dice “tu extraordinario interés por conocer la religión de los cristianos (τὴν θεοσεβειαν τῶν Χριστιανῶν)”²⁶, lo que le permite al autor describir esta nueva “religión” y hacer uso repetidamente del término “cristiano” y “cristianos”.

Los autores no evitan el nombre como ocurre en el caso ya comentado de Taciano. “Adoradores de Dios, que nos llamamos cristianos”, dirá Teófilo de Antioquía en su discurso *A Autólico* (3.4), τοὺς θεοσεβεῖς καὶ χριστιανούς καλουμένους, φασκόντων ὡς κοινὰς ἀπάντων οὐσας. Aristides (15.2-3) habla de los doce apóstoles que salieron a las provincias del Imperio y enseñaron la grandeza de Cristo,

de ahí que los que todavía sirven a la justicia de su predicación son llamados cristianos (τῇ δικαιοσύνῃ τοῦ κηρύγματος αὐτῶν καλοῦνται Χριστιανοί). Y estos son los que más que todas las naciones de la tierra han hallado la verdad, pues conocen al Dios creador y artífice del universo en su Hijo Unigénito ...²⁷

Destaca en estos primeros apologetas el interés por exponer la etimología del nombre de “cristiano”. Evidentemente van a partir del propio nombre que se le daba a Jesús, Χριστός, el “Ungido”, el Cristo. Justino lo precisa con claridad, *Apol.* 1.12.9: “Jesucristo, de quien también tenemos nuestro nombre de cristianos”.

Aristides (15.1) sigue esta misma línea y utiliza un término, γενεαλογοῦνται, que hace referencia directamente al origen, “derivan su origen”, “descienden”, οἱ δὲ Χριστιανοὶ γενεαλογοῦνται ἀπὸ τοῦ κυρίου Ἰησοῦ Χριστοῦ, “los cristianos, empero, cuentan su origen del Señor Jesucristo ...”. El verbo se utiliza en los autores cristianos para indicar la descendencia tanto de los cristianos como del conjunto de la humanidad de la persona de Cristo.

Con más claridad lo dice Teófilo, que ya lo relaciona con el término “ungido” directamente: “nos llamamos cristianos porque nos ungimos del óleo de Dios” (Teófilo, *Autol.* 1.12: τοιγαροῦν ἡμεῖς τοῦτου εἵνεκεν καλούμεθα χριστιανοὶ ὅτι χρίόμεθα ἔλαιον θεοῦ). Este mismo autor destaca lo positivo y el valor del hecho de estar ungido, “En cuanto a reírte de mí, llamándome cristiano, no sabes lo que te dices. En primer lugar, porque, siendo cristiano igual que ungido, lo ungido es agradable y provechoso (τὸ χριστὸν ἡδὺ καὶ εὐχρηστον), y en modo alguno digno de risa... ¿Y tú no quieres ser ungido por el óleo de Dios?”.

Justino (*Apol.* 1.4.5) sigue esa idea de ungido²⁸ como bueno: “se nos acusa de ser cristianos, que es decir, buenos; más odiar lo bueno (χρηστός) no es cosa justa”. El adjetivo verbal χρηστός alude a algo “útil” y, por tanto,

²⁶ Traducción de D. RUIZ BUENO, *Padres Apostólicos*, Madrid, 1979.

²⁷ Vid. también Aristid. *Apol.* 15.11 y 16.1.

²⁸ Este autor en *Dial.* 76.3, aduce varios testimonios de las Escrituras sobre el ungido, “a Él se refiera toda unción, ora de aceite, ora de mirra o de cualquier otro compuesto de bálsamo ... Y es así que de Él participaron los reyes y ungidos todos el ser llamados reyes y ungidos (χριστοί), a la manera como Él mismo recibió de su Padre el ser rey y Cristo y Sacerdote y Mensajero y todos los otros títulos que tiene o tuvo”.

“bueno” o “excelente”, ya sea desde el punto de vista material como moral. Los cristianos son “buenos”, es decir, *χρηστιανοί*, cuya pronunciación sería igual a *χριστιανοί* por el itacismo de la época.

El cristiano como persona “buena” aparece también en Teófilo, al comienzo de su primer libro a Autólico (*Autol.* 1.1), “me motejas además de cristiano, como si yo llevara un nombre infamante (ὥς κακὸν τοῦνομα φοροῦντα). Por mi parte, confieso que soy cristiano, y llevo este nombre, grato (εὐχρηστος) a Dios, con la esperanza de ser útil para el mismo Dios”, donde de nuevo se juega con la falsa etimología del término *Χριστός*, “Ungido”, que se pone en relación con *χρηστός*, “útil”, “bueno”, por pronunciarse ya igual en la época.

El hecho de que los escritores apologetas hagan derivar el nombre tanto de *χριστός* como de *χρηστός* tiene como base la doble ortografía para una misma pronunciación. Debido al itacismo, la ι y la η se pronunciaban i. Para los cristianos era claro el origen de la palabra que les daba su nombre, a partir de “Ungido, Mesías”. Sin embargo, los paganos griegos y romanos, para quienes el vocablo *χριστός* era incomprensible, pudieron fácilmente asimilarlo e identificarlo con el adjetivo griego *χρηστός*, “bueno, útil, digno”, dado que su pronunciación era coincidente, aunque la escritura fuera diferente. Los autores cristianos, no obstante, no confunden su escritura, pero aprovechan la coincidencia en la forma de pronunciarse entre los paganos para darle una etimología más comprensible.

Es también importante el interés que los seguidores de la nueva religión ponían en el nombre con que se les conocía fuera de sus correligionarios, ya que de ello van a depender en parte las acusaciones y persecuciones que sufrieron durante los primeros siglos. Atenágoras es uno de esos testimonios sobre el hecho de que el propio nombre de cristiano es motivo de acusación y de castigo. Atenágoras en su *Legación en favor de los cristianos* (1.3) así lo recoge, entre otros testimonios,

nosotros los que somos llamados cristianos (ἡμεῖς δὲ οἱ λεγόμενοι Χριστιανοί), ... permitís que seamos acosados, maltratados y perseguidos, sin otro motivo para que el vulgo nos combata, sino nuestro solo nombre (ἐπὶ μόνῳ ὀνόματι);

y en 2.4:

reclamamos el derecho común, que no se aborrezca y castigue porque nos llamemos cristianos (μὴ ὅτι Χριστιανοὶ λεγόμεθα), ¿qué tiene que ver en definitiva el nombre con la maldad?

Al comenzar el discurso se insistía ya en esta idea de que a los cristianos se les aborrecía por el solo nombre (τῷ ὀνόματι). La carta de Plinio el Joven a Trajano insistirá en esta idea de que el reconocimiento de ser cristiano era considerado un crimen, sin necesidad de ser culpable de otro delito²⁹.

²⁹ Ep. 96.2: *an ei, qui omnino Christianus fuit, desisse non prosit, nomen ipsum*. La apologetica repetirá este motivo, en especial, Tertuliano, *Ad nat.* 1.3.2.

Después de estas consideraciones sobre la conciencia que los cristianos tenían de ser un “grupo aparte” y de las posibles denominaciones que ellos se aplicaban a sí mismos, para finalizar habría que tener en cuenta también cómo se denomina la nueva religión en las primeras fuentes no cristianas, si bien hay que ser conscientes de que en el siglo I los testimonios de autores no cristianos sobre los propios cristianos son mínimos.

El primer autor, no cristiano, que denomina por primera vez “cristianos” a los seguidores de Jesús es Flavio Josefo, que además los clasifica como *φῶλον*, “raza” o “pueblo”³⁰. Para un autor ajeno a la situación de Palestina son muy difíciles de percibir las diferencias que existían entre los judíos y la nueva facción cristiana, de ahí que en ocasiones no podamos distinguir bien los testimonios, si se refieren a unos o a otros, según se desprende de la lectura de algunos autores romanos, como Tácito³¹. Por ello es importante el testimonio de Flavio Josefo, que al ser un judío, se entiende que podía distinguir perfectamente a los cristianos de sus propios correligionarios. En la obra de Flavio Josefo, compuesta entre los años 75 y el 93, aparecen noticias sobre personajes importantes del cristianismo primitivo, como es el caso de Juan el Bautista (*AI.* 18.116-119) y Santiago el Justo (*AI.* 20.199-203), además del propio Jesús de Nazaret (*AI.* 18.63), ya con el nombre de “el Cristo” y del que se menciona su muerte y su resurrección. Josefo denomina por primera vez “cristianos” a los seguidores de Jesús, hecho que repetirán después los historiadores Suetonio (*Nero*, 16) y Tácito (*An.* 15.44):

Por estas fechas vivió Jesús, un hombre sabio, (Ἰησοῦς σοφὸς ἀνὴρ) si es que procede llamarlo hombre ... Éste era el Cristo (ὁ χριστὸς οὗτος ἦν) ... Y hasta el día de hoy todavía no ha desaparecido la raza de los cristianos (εἰς ἔτι τε νῦν τῶν Χριστιανῶν ἀπὸ τοῦδε ὀνομασμένον οὐκ ἐπέλιπε τὸ φῶλον), así llamados en honor de él.³²

Lo más importante del texto es la denominación por la que ya entonces se conocía a los seguidores de Jesús. Este nombre es el de “cristiano”, que procede del nombre de su fundador, Cristo³³. El propio Flavio Josefo un poco más adelante (*AI.* 20.199-203) repite esta denominación al recoger la noticia de la condena de Santiago, conocido como el Justo, “hermano de Jesús llamado Cristo (τὸν ἀδελφὸν Ἰησοῦ τοῦ λεγομένου Χριστοῦ)”, por el sumo sacerdote Anán II.

³⁰ Este autor también denominaba de *φῶλον* y *γένος*, indistintamente, a los judíos, por ejemplo al hacer su defensa en *Contra Apión* o trazar su historia en las *Antigüedades judías*.

³¹ A diferenciad e otros pasajes en *Hist.* 5.2.1 parece estar mejor informado, pues incluye un breve relato sobre los orígenes del pueblo judío, de su religión y de la etimología del nombre, aunque lo hace proceder de los ideos, habitantes del monte Ida en Creta (M. STERN, *Greek and Latin authors on Jews and Judaism*, Jerusalem, 1992, n.º 281).

³² Traducción de J. VARA, *Flavio Josefo. Antigüedades judías*, Madrid, 1997.

³³ Precisamente es en esta expresión donde parece situarse la interpolación de un autor cristiano posterior, ὁ χριστὸς οὗτος ἦν, pues es una identificación que no tiene mucho sentido en un autor judío, sino más bien en uno cristiano. Seguramente sobre un relato original de Flavio Josefo un autor cristiano posterior, poco antes del siglo IV (ya lo cita Eusebio de Cesarea, *HE.* 1.11.7-8), ha ampliado algunas expresiones para dejar más claro el testimonio.

Estos testimonios prueban la continuidad de la comunidad cristiana tiempo después de la muerte de Jesús, hacia las últimas décadas del siglo I, y, además, evidencian que la “facción cristiana” (τὸ φῶλον) estaba adquiriendo un grado de identidad importante hasta el punto de que los propios judíos se percataban de ello.

En Roma las primeras referencias proceden de Tácito (*An.* 15.44.2-8) y Suetonio (*Claud.* 25.4 y *Nero*, 26.2). Será a partir del siglo II avanzado cuando empiecen a ser más abundantes los textos de autores grecolatinos sobre la nueva religión y, por tanto, mayor el número de apariciones del nombre de “cristiano”, que ya se convierte en el habitual³⁴.

Desde sus inicios los seguidores de Jesús de Nazaret fueron haciéndose hueco entre los pueblos e imperios existentes, y mostraron su preocupación por encontrar una denominación que los distinguiera como tribu, pueblo o raza, como grupo aparte, un nombre nuevo y acorde con su idiosincrasia que lo identificara, en primer lugar frente a los judíos, pero también frente al resto de religiones que cohabitaban el Imperio romano. De la variedad inicial de “nazareno”, “nazoreo”, “galileo”, se pasa a “cristiano”, al nombre griego que traduce el hebreo Mesías. La primera literatura cristiana, el *Nuevo Testamento*, contiene mínimas referencias al nuevo nombre, pero será a partir de la literatura apologética cuando se haga habitual para designar a los seguidores de Jesús. Este hecho hay que ponerlo en conexión con el progresivo alejamiento de los cristianos de sus raíces hebreas debido a su helenización a partir del mensaje de Pablo de Tarso. Precisamente el primer testimonio de la helenización, que se generalizará en los siglos III y IV, es la identidad y, sobre todo, el nombre de la nueva religión, como se desprende de los testimonios literarios no cristianos de finales del siglo I y principios del II, como Flavio Josefo, Tácito o Plinio.

Si el nombre permite hacerse una idea de la integración del cristianismo en la sociedad grecorromana, es decisivo el uso que de él hacen los autores apologetas del siglo II. Estos no incluyen en sus escritos ni la denominación de “nazoreos”, ni “nazarenos”, ni “galileos” ni cualquier otro vocablo que pueda identificarlos con judíos. Los padres apologetas solo usan el término helenizado “cristiano”, salvo Taciano que evita dar ninguna identificación, y lo hacen con toda normalidad, no ven en él un sentido ni peyorativo ni foráneo, impuesto por los paganos. Se esfuerzan por justificar su etimología y su sentido dentro de la propia lengua griega, para que sus posibles destinatarios lo vean como un nombre “inteligible”, ya que “el Ungido” puede dar lugar a confusiones y adscribirlos a una de las facciones judías.

La helenización del nombre coincide con la universalidad que Pablo de Tarso imprime al mensaje cristiano, aunque en sus cartas no aparezca aún el término de “cristiano”. Con las cartas de Ignacio, el obispo de Antioquía³⁵, en las que el nombre es habitual, se materializará ya la conocida denominación de la Gran Iglesia, la Iglesia católica, “universal”, ἡ καθολικὴ ἐκκλησία, a la que ya apuntaba las epístolas paulinas, y que permite la adscripción de

³⁴ Por ejemplo, Plinio, *Ep.* 96.2, y Luciano, *Pereg.* 11; *Alex.* 25 y 38.

³⁵ *Sm.* 8.2.

todos a la nueva religión, como bien expresa Gál. 3.27-28. El conocido pasaje del altar dedicado al *ignoto deo*, cuando Pablo se dirige a los atenienses en el Areópago, recoge también esta idea de la nueva “raza”, “nación” o “género” cristiano, que es identificado ya con la humanidad entera (Hch. 17.24-28), “El Dios que hizo el mundo y todo lo que hay en él, siendo como es señor de cielo y tierra, ... de uno hizo toda la raza humana (ἔθνος ἀνθρώπων) para que habitara toda la faz de la tierra ... pues somos también descendientes suyos (γένος ἐσμέν)”. Ya no habrá más variedad de razas ni de pueblos, el τρίτον γένος, el cristianismo, se ha convertido en la única raza y en el único pueblo, se ha helenizado, se ha hecho universal.

ABSTRACT: In early Christian literature there is an interest in defining the identity of Christians as a religious group against Judaism and Hellenism. The clearest and most defining identity of the new group is its name. Although the term “Christian” barely appears in the New Testament and in apostolic writings, it will be the usual not only in non-Christian literature, already from Flavius Josephus, Tacitus and Suetonius, but also in apologetic literature. It is the most evident from the universalization and Hellenization of Christianity.

KEYWORDS: Christianity; Judeo-Hellenistic Literature; Greek Patristics.